

MAX WEBER: SOCIEDAD Y MODERNIDAD

Eduardo Weisz

I) Aspectos biográficos y contexto histórico

Nacido en 1864 en Erfurt, capital de Turingia, Max Weber fue el mayor de los siete hijos de un activo político, que, por sus obligaciones, debió mudarse junto a su familia a Berlín. Allí transcurrió la mayor parte de la escolaridad de Max, en un hogar en el que, debido a la actividad del padre, desde muy temprano participó de las discusiones políticas que cruzaban a un país que se encontraba frente a grandes transformaciones. Estudiante precoz, a los 13 años escribía ensayos históricos y estudiaba a los clásicos de la literatura alemana. Sus estudios universitarios transcurrieron en las Universidades de Heidelberg, Göttinga y Berlín. En 1886 concluyó sus estudios de grado, y prosiguió investigando en el campo del derecho y de la historia jurídica, aprobando en 1889 su tesis doctoral sobre las organizaciones comerciales en la Edad Media. Dos años después rindió el examen que lo habilitaría para dar clases en la universidad, con una tesis sobre la historia agraria de la antigua Roma, analizando su evolución social, política y económica.

Su prestigio en medios académicos fue en aumento, hasta que en 1895, a una edad en absoluto habitual, le fue ofrecida la cátedra de Economía Nacional en la Universidad de Friburgo. Un año después, la Universidad de Heidelberg, de mucho mayor prestigio y la más antigua de Alemania, le ofreció la Cátedra que dejaba un importante economista, Karl Knies. A partir de ahí, esta ciudad del sudoeste de Alemania pasó a ser su lugar de residencia.

A partir de 1897, poco tiempo después de la muerte de su padre, Weber entró en un período de crisis psíquica que lo mantuvo básicamente inactivo por varios años y lo llevó a renunciar a su cargo como profesor. Aunque ya en 1903 Weber retomó su actividad, convirtiéndose con su vasta producción en un referente ineludible de la intelectualidad alemana, no volvería a aceptar un cargo en una universidad hasta 1919.

Sus primeros trabajos al retomar la actividad se centraron en la metodología de las ciencias sociales –en el marco de una discusión que desde hacía ya unas décadas atravesaba al medio académico alemán-, y en el estudio de aspectos poco analizados sobre los orígenes de la Modernidad occidental. Volveremos sobre ambos aspectos, pero cabe señalar que, en el caso de este último, su preocupación se vio fortalecida por el impacto de un viaje que lo llevó a conocer Estados Unidos, en el marco de una invitación para participar en una importante reunión internacional en la ciudad de Saint Louis, Missouri. Por varios meses Weber recorrió parte de ese país, en el que la combinación entre el descomunal desarrollo urbano industrial y ciertos resabios de la cultura protestante en la que esa nación había sido fundada, lo condujeron a profundizar en el papel jugado por el protestantismo en el surgimiento del capitalismo moderno.

También en 1904, Weber comenzó a codirigir una importante publicación, el *Archivo para la ciencia social y la política social*, revista en la que en dos entregas, en 1904 y 1905, apareció su trabajo más conocido, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, texto en el que nos centraremos más adelante¹.

Desde los primeros años del siglo y hasta su muerte en junio de 1920, Weber desplegó una actividad científica sumamente intensa, sólo interrumpida parcialmente en la Primera Guerra Mundial, cuando fue llamado a servicio en calidad de Director de los hospitales militares de Heidelberg.

En esos años Weber dedicó sus esfuerzos intelectuales a una variedad de temáticas históricas y sociales, destacándose especialmente sus análisis sobre la metodología de las ciencias sociales, su participación en una enorme e inacabada obra colectiva sobre la vinculación entre la economía y otros aspectos sociales². Su mayor dedicación en esos años, sin embargo, fue a ampliar temporal y geográficamente su estudio sobre el protestantismo y la Modernidad, a partir del análisis sistemático de la relación entre diferentes religiones y las conductas de quienes las profesan, desde el primer milenio antes de Cristo hasta la Modernidad, en Oriente y Occidente.

A la vez, Weber participó activamente de la situación política de su país. Luego de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, actuó como asesor de la comisión alemana que firmó el armisticio en Versalles. También, al caer el Emperador Guillermo II, colaboró con la comisión que tuvo como misión redactar un proyecto de Constitución para una Alemania que, por primera vez, iniciaba un proceso republicano. Aunque sin ocupar nunca cargo público alguno, nuestro autor fue sumamente activo en la vida política de un país que en esos años había sufrido profundas transformaciones.

Al momento de nacer Weber, Alemania no constituía una nación unificada, sino que consistía en una asociación de más de veinte estados de relativa autonomía, aunque asociados por una lengua y cultura común, así como por acuerdos aduaneros establecidos a principios del s. XIX ante el reordenamiento europeo al que condujo la derrota de Napoleón. Bajo la hegemonía de Prusia, regida por el Emperador Guillermo I, y con la dirección política del Canciller Otto von Bismarck, el triunfo en 1871 en la guerra franco-prusiana motorizó el proceso de unificación que dio lugar, a partir de ese año, al surgimiento del Imperio alemán, en el que éste heredó de Prusia tanto su capital, Berlín, como su gobierno: Guillermo I y Bismarck.

La Alemania de fines del siglo XIX y principios del XX fue una sociedad convulsionada que en muy pocos años pasó de tener una estructura económico-social atrasada y con elementos

¹ Esta investigación weberiana fue editada por el autor para publicarla en 1920 en una compilación de ensayos sobre sociología de la religión. Esta última versión es la que, a partir de 1930, comenzó a ser publicada en forma de libro con el formato que hoy, en múltiples idiomas, lo conocemos.

² Los aportes de Weber para esta obra serían compilados luego de su muerte por su viuda en lo que hoy conocemos como su obra más monumental: *Economía y sociedad*

feudales, a convertirse en una potencia económica, industrial y militar, sólo comparable en Europa al Reino Unido. Claro que, a diferencia de Alemania, Inglaterra había alcanzado su lugar después de siglos de transformaciones. En el mundo germano-parlante, en cambio, el ritmo de los cambios fue tal que ninguna esfera de la sociedad alemana pudo permanecer al margen de este proceso de virulentas mutaciones.

Algunos datos bastan para ilustrar lo que decimos. Entre 1871 y 1913, la producción de carbón se incrementó más de 8 veces, la de hierro casi 7, la de fundición más de 11, y la de acero más de 90 veces, pasando Alemania a producir más acero que Francia e Inglaterra juntas³.

Al calor de estas transformaciones económicas la nueva nación se convulsionaba, surgían nuevos y poderosos actores sociales, migraciones internas modificaban la composición social de regiones enteras, los viejos valores y las tradiciones perdían su influencia y un mundo nuevo y desconocido se cernía sobre la sociedad en su conjunto.

Industrialismo burgués o feudalismo latifundista, estado religioso o laico, protestantismo o catolicismo, monarquía o república, la creciente combatividad de la cada vez más importante clase obrera⁴, y el rol de los intelectuales en la sociedad fueron algunas de las más importantes manifestaciones del carácter conflictivo que atravesaba Alemania en esta etapa. La Gran Guerra, dejando al país en condiciones de extrema debilidad institucional y económica, y los convulsionados años que le siguieron –en los que la clase obrera protagonizó importantes revoluciones, aunque derrotadas-, cierran dramáticamente este período, el de la vida de Max Weber.

Los problemas que surcaban la Alemania de esos años se manifiestan claramente en las preocupaciones y en la obra de Weber. En particular, el intento de aprehender la nueva sociedad capitalista que emergía ruidosamente en su país era objeto de estudio de toda la generación de intelectuales de la época. El estudio sobre el protestantismo y el capitalismo, al que ya hicimos mención, debe ser visto en ese marco.

Por otro lado, las transformaciones en curso alimentaban todo tipo de resquemores, viéndose en la nueva sociedad industrial una amenaza para una vida plena. Así, bajo la contraposición entre "Civilización" y "Cultura" -la primera expresando el progreso técnico y económico, pero también lo vulgar, lo externo, lo mecánico, lo artificial; y la segunda, lo espiritual, ligado a valores éticos, religiosos y estéticos-, se atacaba lo nuevo desde los valores tradicionales y establecidos. Sin embargo, lo que distingue a esta perspectiva de la del romanticismo alemán del

³ Los datos provienen de Löwy, Michael (1998): p. 40.

⁴ Desde 1875, el *Partido Obrero Socialdemócrata Alemán* se convirtió en un importante protagonista político en Alemania. Una expresión de esto es que en 1912 devino en la primera fuerza del Parlamento alemán con 110 diputados sobre un total de 409.

siglo anterior al que estamos considerando⁵, que ya entonces vislumbraba con resquemor el advenimiento de lo nuevo, es la comprensión de que el retorno a ese pasado resultaba imposible. Desde el punto de vista intelectual, el vínculo intermediario, ineludible, entre ambas generaciones es Friedrich Nietzsche (1844-1900). A través de su pensamiento, y en el contexto de la nueva situación social abierta con la industrialización alemana, la perspectiva de esta generación sobre el futuro de la sociedad se convierte en trágica e irresoluble. El retorno al pasado no era una posibilidad para Weber ni para la mayoría de sus contemporáneos, y es justamente esta perspectiva la que no permite vislumbrar algún tipo de salida, de futuro al cual aferrarse, de modo de poder escapar a lo que la sociedad industrial tiene para ofrecer a los individuos modernos.

Nietzsche y la perspectiva trágica no son, naturalmente, las únicas influencias en las que Weber se apoya para constituir su propia concepción histórico-social. La influencia de Karl Marx (1818-1883) es indudable en toda esta generación de intelectuales a la que nuestro autor pertenecía, especialmente en la comprensión del carácter determinantemente capitalista de la Modernidad. Nuestro autor llegó a afirmar incluso que nada de la sociedad moderna podría ser comprendido sin los aportes de Marx y de Nietzsche. Sin embargo, el marxismo en la Alemania de su época se caracterizaba por un absoluto y unilateral énfasis en los aspectos económicos, viendo en todas las otras variables de la vida social –culturales, religiosas, etc.- meros epifenómenos de procesos materiales. Esto era inaceptable para nuestro autor, quien si bien atribuía una enorme importancia a la base económica –toda su obra da cuenta de esto-, creía a la vez que las ideas y las causas ideales, las religiones, por ejemplo, eran causas eficientes en los procesos históricos y debían ser analizadas en su complejidad, con relativa independencia de su relación con los procesos materiales. Volveremos sobre este aspecto porque su estudio sobre protestantismo y capitalismo es justamente un análisis de la influencia de ideas religiosas en la evolución histórica.

II) La concepción weberiana de la sociología

Otro problema contemporáneo a Weber que no podemos dejar de mencionar tiene que ver con las discusiones metodológicas que conforman su ubicación epistemológica. Subyace a su posición la polémica que se desató en el mundo alemán a partir de la publicación simultánea, en 1883, de dos obras de posiciones antagónicas: una de Carl Menger, la otra de Wilhelm Dilthey. La primera, influenciada por la corriente positivista francesa, sistematizaba una crítica a la corriente historiográfica hegemónica en la cultura alemana, de presupuestos románticos, de la

⁵ Por ejemplo, Johan Gottlieb Fichte (1762-1814) y Friedrich Schelling (1775-1854) en la filosofía, Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), Novalis (1772-1801) o Friedrich Hölderlin (1770-1843) en la literatura. Todos ellos, importantes antecedentes de las preocupaciones que cruzaron a la generación de Weber en el marco de las grandes transformaciones que tenían lugar.

que Dilthey era parte. De un lado, la Escuela Clásica de Economía; del otro, la Escuela Histórica de Economía. Para la primera, la búsqueda de leyes naturales debería ser el objetivo de cualquier ciencia. Para la segunda, en cambio, si bien aceptaban la búsqueda de leyes naturales como objetivo en las ciencias de la naturaleza, la búsqueda de lo singular, lo concreto, no podía ser soslayado en la investigación en las ciencias de la cultura, siendo dicha indagación su propósito principal. Y esto, porque para la Escuela Histórica los aspectos de la vida económica y social tenían un carácter singular, único, imposible por lo tanto de ser reducido a leyes generales. Por ello, distinguía entre los métodos y objetivos de las ciencias de la naturaleza y los de las ciencias de la cultura⁶, entendiendo, a diferencia del positivismo y de quienes se veían influenciados por éste en Alemania –como Karl Menger-, que las ciencias de la cultura no podían ser vistas bajo el mismo cristal que aquellas que se ocupan de fenómenos naturales. Mientras que las primeras son idiográficas –del latín *id*: esto, denotando que estudian algo en particular-, las ciencias naturales serían nomológicas –del griego *nomos*: ley, y tienen como propósito el establecer regularidades entre los fenómenos. Más cerca de la Escuela Histórica, Weber plantearía que si bien la realidad es singular, existen en los mismos aspectos generalizables que constituyen una primera y necesaria aproximación al estudio de un objeto.

A su vez, también en el marco de esa disputa, Wilhelm Dilthey introdujo la diferencia entre la *explicación* a la que aspiran las ciencias naturales, y la *comprensión* (*Verstehen*), meta de las ciencias del espíritu. Esta distinción se basa en el diferente objeto de estudio de ambas, y en la consecuentemente disímil relación entre el sujeto que investiga y la realidad estudiada. Mientras que el mundo que investigan las ciencias de la naturaleza es externo al investigador, la acción humana sólo puede ser entendida con referencia a intenciones y creencias. El investigador que se aboca a este tipo de ciencias debe remontarse desde el hecho histórico concreto hasta la subjetividad de los individuos en él involucrados. La concepción de Dilthey sobre la *comprensión* fue parcialmente tomada y resignificada por Weber. Mientras que en Dilthey esta tarea marcaba un límite al conocimiento –pues nunca podemos conocer las intenciones reales del actor-, para nuestro autor el investigador puede suponer dichas intenciones, y a partir de esta suposición definir una imputación causal en el análisis social.

Ambos aspectos, el lugar de lo singular en la explicación histórica, y el papel de la comprensión de los actores sociales, llegan a Weber más directamente a través de Heinrich Rickert y de Georg Simmel, muy cercanos a nuestro autor. Ambos eran deudores de la teoría del conocimiento de Immanuel Kant (1724-1804), quien, por un lado, había señalado la imposibilidad de conocer la cosa en sí, lo *nouménico* –la realidad tal como es en sí misma-, y, por otro, había enfatizado el rol activo del sujeto cognoscente, destacando que éste construye el objeto de estudio, que el acto de conocer no consiste en reproducir pasivamente dicho objeto en

⁶ Bajo esta denominación, propia de la época de Weber, se incluía a todas las disciplinas que involucran la acción del ser humano –historia, economía o sociología, por ejemplo-.

el intelecto. También Weber reconocía explícitamente su deuda con Kant, pero sin duda fueron Rickert y Simmel los que en sus indagaciones trasladaron la epistemología kantiana a la problemática de las ciencias sociales.

Economía y sociedad, obra que ya mencionamos, es un monumental intento de definir los conceptos centrales en el estudio de las sociedades. Es, por lo tanto, un punto de partida ineludible para aprehender las herramientas fundamentales del análisis sociológico. Es allí, al comienzo de esta obra, donde podemos encontrar una definición de lo que es la sociología para nuestro autor. Dice éste allí:

La sociología (...) es una ciencia que pretende entender la acción social para así explicarla causalmente en su desarrollo y en sus efectos. Para eso debe entenderse la “acción” como una conducta humana (sea un acto externo o interno al individuo, omitido o consentido), si y en la medida en que el o los actores asocian a ésta un *sentido* subjetivo. La acción “social”, en cambio, es una acción de este tipo en el que el sentido pensado por el o los actores se refiera a la conducta de *otros* y su desarrollo esté orientado por ella⁷.

Surge claramente de aquí que el objeto de estudio de la sociología es la acción social, es decir, toda acción que realiza un individuo⁸ que cumple con los siguientes requisitos: 1) el actor le otorga un sentido a la misma, y 2) dicho sentido remite a otro, es decir, se orienta por las acciones de esos otros. Por lo primero, por ejemplo, un acto accidental, fortuito –Weber ejemplifica con un choque entre ciclistas–, no puede ser considerado una acción social. Por lo segundo, tampoco puede considerarse como acción social a una acción que no se vincula con otro individuo –el autor da el ejemplo del acto de abrir un paraguas cuando llueve, aunque simultáneamente lo hagan varios al comenzar a llover–.

También, aclara, la inacción, como por ejemplo frente a un insulto de otro con el que por alguna razón no queremos entrar en una disputa, debe ser considerada una acción social. También lo es toda acción que se relacione con el dinero, aunque implique el acto solitario de guardarlo bajo llave, pues el dinero sólo tiene sentido en la medida en que alguien me dará, en algún momento, algo a cambio de él.

No escapa a Weber que los actores poco frecuentemente son conscientes del sentido de sus acciones, lo que no impide que “la sociología construya sus *conceptos* por medio de la clasificación de los posibles ‘sentidos pensados’, como si la acción efectivamente transcurriera según una orientación consciente de sentido”⁹. Es decir que aún cuando el actor no esté dándole un sentido consciente a su acción, el sociólogo puede interpretarlo. Por ejemplo, un artesano

⁷ Weber, Max (1987): p. 5; énfasis original. Como en el resto de las citas de Weber, aunque la referencia corresponde al texto listado en la Bibliografía al final de este artículo, la traducción ha sido alterada, para, según nuestro criterio, ser más fiel al original en alemán.

⁸ Weber señala que la acción sólo existe para el sociólogo como conducta de una o varias personas individuales. Cfr. Weber, Max (1987): p. 12.

⁹ Weber, Max (1987): p. 18; énfasis original.

puede no estar pensando en la venta del objeto sobre el cual se encuentra trabajando, no estar dándole a su acción un sentido, pero el contexto, el conocimiento de su práctica, permite al sociólogo inferir que el sentido de su acción es la posterior venta de la artesanía producida.

Como ya señalamos, nuestro autor es heredero de una tradición con origen en Kant, y es esta filiación la que permite entender los límites que Weber ve en el conocimiento. La realidad social en sí es incognoscible, y el investigador debe aproximarse a su objeto a sabiendas de sus limitaciones. Ésta es la razón por la cual para este autor el investigador necesariamente construye *tipos ideales* al analizar su objeto de estudio. Éstos son construcciones que permiten abordar lo que se estudia, herramientas necesarias para la investigación que sirven para ubicar el objeto de estudio causalmente en un proceso, compararlo con otros. Así, toda investigación está mediada por dichas construcciones, en las que dos investigadores del mismo objeto no tienen por qué coincidir. Los tipos ideales parten de la realidad a estudiar, pero suponen un recorte de los aspectos que al investigador no le interesan, así como el énfasis en otros que existen en el objeto sin la forma absoluta que toman en el tipo ideal. Por eso, al denominarlos *ideales*, Weber hace referencia explícita a que no son *reales*, en el sentido en que, en general, no se dan así en la realidad, aunque puedan darse. En consonancia con los límites al conocimiento que había planteado Kant, los tipos ideales, y en general todos los conceptos, son para Weber "... medios del pensamiento con el objetivo de dominar espiritualmente lo empíricamente dado y sólo pueden ser eso..."¹⁰. Es decir, el concepto nunca puede reflejar por completo la realidad, pero sirve para aproximarse a ella.

Así, Weber construye tipos ideales de acción, de dominación, de las conductas que propician las distintas religiones, del modo de conducirse en la vida de un capitalista, por citar algunos ejemplos. De este modo, tomando la conducta típico-ideal de un capitalista, Weber puede compararla con la de capitalistas reales, que se distancian más o menos del modelo típico-ideal. Como señala Weber:

... se *distancia* de la realidad, sirviendo al conocimiento de ésta mediante la indicación del grado de *aproximación* de un fenómeno histórico a uno o varios de estos conceptos, permitiendo que el fenómeno quede ordenado conceptualmente. El mismo fenómeno histórico puede por ejemplo entenderse por uno de sus elementos como "feudal", por otro como "patrimonial", como "burocrático" por otro distinto, o por "carismático" por otro de sus componentes. Para que con estas palabras se exprese algo *unívoco*, la sociología debe construir tipos "puros" ("*ideales*") de esas estructuras, que muestren la unidad más consecuente posible de una adecuación de *sentido*, dándose probablemente por eso mismo con tan poca frecuencia en la realidad en forma *pura*, como una reacción física calculada sobre el supuesto de que tiene lugar en el vacío absoluto. La casuística sociológica sólo es posible a partir de esos tipos *puros* ("*ideales*")¹¹.

¹⁰ Weber, Max (1997a): p. 95.

¹¹ Weber, Max (1987): p. 17; énfasis original.

En otro texto, el autor indica que el tipo ideal

... se obtiene mediante la *exaltación* unilateral de *uno* o de *algunos* puntos de vista y por medio de la agrupación de una cantidad de fenómenos *singulares*, difusos y discretos, presentes en mayor o menor medida, o a veces directamente ausentes, que hacen que aquellos aspectos unilateralmente destacados remitan a una imagen *representada* unívoca. En su pureza conceptual, esa imagen representada no puede hallarse nunca en la realidad empírica¹².

La acción social, que como vimos constituye el objeto de estudio fundamental del sociólogo, puede para este autor tipificarse con cuatro tipos ideales: a) racional con arreglo a fines, b) racional con arreglo a valores, c) afectiva y d) tradicional:

a) la acción está determinada por los fines que se persiguen, los que conducen a sopesar racionalmente los medios más eficientes para alcanzarlos.

b) la acción está determinada por un valor en el que se cree conscientemente, el que puede ser político, religioso, ético, etc. Se actúa racionalmente al servicio de ese valor, sin importar los resultados de la acción.

c) la acción afectiva es emocional y está determinada por sentimientos; no es por lo tanto racional.

d) la acción tradicional está determinada por una costumbre arraigada, la que se sigue irracionalmente, por el solo motor de ese arraigo o costumbre. Como señala el autor, esta acción está en el límite de lo que llamamos acción social, ya que muchas veces se mantiene una costumbre sin que el actor enlace a esa acción un sentido, es en ese sentido casi un modo de conducta simplemente reactivo¹³.

Como ha señalado Stephen Kalberg, uno de los principales especialistas en la obra weberiana, distintas culturas tienden a hacer preeminente uno u otro tipo de acción. Y, agrega, "Weber está convencido de que, al utilizar esta tipología de la acción social, los sociólogos pueden entender –y por lo tanto explicar causalmente- incluso los modos en los cuales las acciones de las personas que viven en culturas radicalmente diferentes son subjetivamente plenas de sentido"¹⁴.

La tipología weberiana de la acción es inescindible de la concepción de la sociología de este autor: se centra en las motivaciones de la acción de los individuos. Esto, en razón del carácter *comprensivista* de su sociología, que apunta al sentido subjetivo de los motivos que llevan a actuar y a desentrañarlos. Así, la acción social puede ser comprendida y explicada en términos de las propias intenciones del actor. Claro que Weber no desconoce que frecuentemente las motivaciones no pueden ser entendidas por completo por el investigador, pero es el ideal al que debería tender. El contexto en el que tiene lugar la acción asiste al investigador en esa tarea.

¹² Weber, Max (1997a): p. 79 y ss.

¹³ Cfr. Weber, Max (1987): p. 6.

¹⁴ Kalberg, Stephen (2007): p. 37.

Otro aspecto que se deduce de lo que acabamos de desarrollar, es que si los conceptos nunca pueden aprehender la riqueza y complejidad de los fenómenos históricos reales, éstos no pueden, por su complejidad, ser explicados unilateralmente. Dado el "inacabable flujo de eventos así como la diversidad y complejidad infinita de, incluso, un fenómeno social particular"¹⁵, ningún fenómeno puede explicarse a partir de una causa única, siempre son múltiples las causas de su ocurrencia. Esto, cómo veremos, se pone de manifiesto por ejemplo en el estudio sobre el origen del capitalismo, ya que para Weber una explicación que sólo se detenga en las causas materiales de su surgimiento, es tan insuficiente y unilateral como una que sólo apunte a las causas ideales. La realidad es multicausal, y el investigador debe partir de esa complejidad si pretende hacer un aporte al conocimiento de un proceso social concreto.

Cuando, más adelante, analicemos su análisis de los orígenes del capitalismo, podremos ver cómo esta concepción metodológica se plasma en un análisis concreto.

Otro aspecto relevante de la concepción metodológica weberiana es el lugar que ocupan en una investigación, los valores de quien la realiza. La posición weberiana contrasta claramente con la concepción positivista, en la cual abreva parcialmente Durkheim, según la cual las ciencias sociales deben llegar a un conocimiento objetivo en el que la subjetividad –valores, perspectivas o ideologías- del científico no jueguen ningún papel.

Por un lado, Weber sí aboga por un proceso de investigación en el que los investigadores estén obligados a dejar de lado su subjetividad, a poner todo su empeño en mantenerse justos e imparciales¹⁶. Esto permite alcanzar parcialmente un resultado objetivo en una investigación y es el aspecto en el que las ciencias sociales pueden liberarse de los valores subjetivos. Sin embargo, en Weber esto tiene inmediatamente su contracara, pues los valores están ineludiblemente inscriptos en el pensamiento del investigador, quien no puede evitar mirar sino a través de esos valores. La propia elección de objeto de estudio es un resultado de la valoración del investigador: qué le resulta de importancia como para ser estudiado. En este sentido, la investigación está determinada por la subjetividad del científico social.

De ahí que el resultado de una investigación sea tanto subjetivo como objetivo, que ambos aspectos sean inescindibles. La ciencia, también la social, puede aspirar a dar resultados científicamente válidos en la medida en que pueda separar los aspectos valorativos de la misma. La ciencia no puede dirimir qué es mejor para una sociedad, ya que en esto cada investigador tiene sus valores y sus creencias, y éstos no pueden justificarse con un criterio científico. Así, un investigador puede preferir una sociedad socialista, mientras que otro puede aborrecer esa posibilidad. Esa diferencia no puede ser saldada por la ciencia, ya que no tiene ninguna autoridad para dirimirla. Lo que la ciencia sí puede aportar es, por ejemplo, qué políticas gubernamentales conducirían a una sociedad socialista, más allá de si eso es deseable. La

¹⁵ Kalberg, Stephen (2007): p. 42.

¹⁶ Cfr. Kalberg, Stephen (2007): p. 39.

ciencia puede determinar las consecuencias de una acción, lo que no puede es definir si esas consecuencias son deseables, pues ello depende de los valores de cada cual. En términos de Weber:

El destino de una época de la cultura que ha comido del árbol del conocimiento es tener que saber que no podemos leer el sentido de lo que ocurre en el mundo del resultado de una investigación por más acabada que ésta sea, sino que debemos ser capaces de crearlo, que las "cosmovisiones" no pueden ser nunca productos del avance en el conocimiento empírico, y que también los más altos ideales, que con la mayor intensidad nos movilizan, en todo momento sólo se hacen eficaces en lucha contra otros ideales, que son para otros tan sagrados como para nosotros los nuestros¹⁷.

III) La sociología weberiana de la dominación

Como este texto busca ofrecer una introducción a algunos aspectos relevantes de los aportes de Weber a las ciencias sociales, no puede soslayar, aunque simplificándolas, sus conceptualizaciones sobre el poder y la dominación, constituidas en pilares de la ciencia política contemporánea. Como veremos, esta fracción de la sociología weberiana está fuertemente imbricada con lo que venimos de desarrollar.

El autor comienza definiendo al *poder*, como la posibilidad de imponer la voluntad dentro de una relación social, contra toda resistencia que se le oponga, y más allá de en qué se base esa posibilidad. Este concepto, como señala el propio autor, es "sociológicamente amorfo"¹⁸, es decir, puede tomar formas muy diversas ya que esa posibilidad puede estar motivada por los motivos más diversos, en escenarios totalmente diferentes y por medios absolutamente diversos. De ahí que el solo poder sea insuficiente, para Weber, para garantizar el orden social.

La *dominación*, en cambio, es un tipo de poder que implica la posibilidad de encontrar *obediencia* a un mandato. Esto marca una diferencia esencial, ya que para Weber obediencia implica que la acción del que obedece transcurre como si el mandato se hubiera convertido en máxima de su conducta, más allá de su opinión sobre la misma. Pero la obediencia puede deberse a muchos factores, como el miedo por lo que pudiera pasar de no obedecer, o el interés en algo económico que se obtenga por hacerlo. El problema que esta imprecisión conlleva conduce a un concepto central en Weber, el de *legitimidad*. Ésta implica la creencia del que obedece en la validez de la dominación, en que quien imparte la orden tiene los atributos como para hacerlo, más allá de lo que opine el que obedece sobre dicha orden. El concepto central en la sociología política weberiana, entonces, es el de dominación legítima, la posibilidad de encontrar obediencia a un mandato debido a la creencia de quien cumple dicha orden en que quien la imparte tiene derecho a ordenar.

¹⁷ Weber, Max (1997a): p. 46.

¹⁸ Weber, Max (1987): p. 43.

El concepto de dominación no necesariamente está ceñido a lo político; también puede analizarse a través de este concepto, por ejemplo, una relación familiar. Claro que el eje del interés al respecto de nuestro autor está puesto en la política, por lo que debemos aquí introducir su definición de *estado*, ámbito en el que la dominación tiene un carácter político.

Para Weber, el estado se define por su pretensión al monopolio legítimo de la violencia dentro de un determinado territorio geográfico. Es decir que, más allá de las formas que tome, lo específico de éste es que es el único que posee la legitimidad de utilizar medios violentos para alcanzar sus fines. Puede haber otros sectores o instituciones que la utilicen, pero sólo al estado los individuos que habitan ese territorio le otorgan el derecho al uso de la violencia. El centro de la definición weberiana es, pues, la creencia de la población en ese derecho, la legitimidad de la que goza.

La dominación legítima toma diferentes formas en cada situación histórica. La forma de abordar su estudio, por lo ya desarrollado, es la herramienta de los tipos ideales. Para Weber, la dominación legítima puede estudiarse a través de tres tipos ideales, cada uno de los cuales implica una relación muy distinta entre gobernantes y gobernados, y se derivan de la distinta motivación a la que apelan los gobernantes para hacer legítimo sus gobiernos. Los tres tipos-ideales son: a) la dominación tradicional, b) la dominación carismática y c) la dominación legal-racional.

a) lo que justifica en este caso la dominación, es, como resume Gianfranco Poggi, "la apelación a la intrínseca validez y bondad de *lo que ha sido siempre*, la concepción del pasado (...) como fuente de toda sabiduría y de todo correcto accionar"¹⁹. Quien gobierna se presenta como el sucesor de una larga secuencia de antepasados que a su vez habían gobernado. Las gerontocracias, por ejemplo, fueron formas de gobierno en las que el individuo de mayor edad ejercía el poder. A su muerte, lo sucedía el que había devenido en el mayor. Las monarquías europeas, más cercanas a nuestros días, también fueron dominaciones tradicionales en las que el primogénito del rey, por el solo hecho de serlo, reemplazaba a su padre a su muerte²⁰. De las características de este tipo de dominación se desprende su fuerte grado de estabilidad.

b) la dominación carismática, por el contrario, se apoya en el carácter supuestamente extraordinario del gobernante, en su carisma, en su pretensión de que se crea en sus cualidades singulares. El concepto de lo carismático en Weber tiene origen en su estudio sobre las religiones, y de ahí que sea inescindible de una cualidad sobrehumana, casi divina. Es esto, efectivamente, lo que se le atribuye a ciertas personalidades históricas cuya legitimidad se basa justamente en ese carácter sobrenatural que le es asignado, en lo supuestamente extraordinario de las fuerzas de las que está investido. Como señala Poggi, es "en el nombre de estas fuerzas

¹⁹ Poggi, Gianfranco (2005): p. 106.

²⁰ De hecho, las monarquías aún existentes en Europa –España, Reino Unido, por ejemplo-, siguen rigiéndose por el mismo criterio de sucesión al trono.

que tales personas exigen imperiosamente la obediencia a sus órdenes, entendida ésta como debido homenaje a la superioridad de esas fuerzas con respecto a la cotidianeidad, a la rutina, a la tradición"²¹. Como puede observarse, este tipo de dominación tiene una gran capacidad de innovación, ya que la palabra del líder es suficiente para cambiar aspectos de la sociedad y, típico-idealmente, no necesita sujetarse a ninguna tradición ni norma. A la vez, estas mismas características dan a este tipo de dominación un carácter inestable. Si el líder carismático no satisface las necesidades y expectativas de los dominados, puede perder su legitimidad y con ésta, el régimen pierde su sustento. También da inestabilidad a este tipo ideal de dominación legítima que el líder sea irremplazable, en el sentido que, por ejemplo al morir, no existe quién pueda pretender a tener en sus persona las cualidades extraordinarias que se le imputaban al líder fallecido. El caudillo político es expresión de este tipo de dominación en la modernidad, aunque las características de esta época conduzcan a que casi sin excepción, un caudillo esté también sustentado en un andamiaje legal, propio del último tipo-ideal de dominación, el que pasamos a describir.

c) la dominación legal-racional es centralmente un fenómeno que aparece con la Modernidad y que tiende a universalizarse en esta etapa histórica. Este tipo de dominación se basa en normas y reglas racionalmente definidas, que establecen los derechos y deberes de quien manda, y en quienes se delega la función de hacer cumplir esas reglas. Así, por ejemplo, en las democracias modernas una asamblea constituyente define una constitución de la que surge un sistema de procedimientos por el cual alguien es electo para un cargo. Por eso, como señala Poggi, “la obediencia se configura no como conformidad a la voluntad de esos individuos [que gobiernan, E.W.] en cuanto tales sino como voluntaria observancia (implícita) de todo un sistema de normas que justifica y orienta las órdenes”²². Este tipo de dominación supone una jerarquía de puestos con responsabilidades definidas para cada uno de ellos, las que constan en normativas y leyes. Por eso, esta dominación es impersonal, en el sentido que supone una separación entre el cargo y el funcionario que lo ocupa. Ante cualquier cambio de funcionario –presidente, primer ministro o ministros, por ejemplo-, las funciones no se modifican para quien llega a ocupar el cargo. Al estar sujeta a normas, este tipo de dominación, a diferencia de la dominación carismática, tiende a ser estable y poco flexible frente a situaciones cambiantes.

Dadas estas primeras definiciones, es importante observar algunas consecuencias que se derivan de las mismas.

En primer lugar, es necesario recordar que éstos son tipos ideales, es decir que frecuentemente en la realidad se encuentran combinaciones de los mismos. Por ejemplo, como señalamos, existen muchos gobiernos modernos, regidos por una constitución, en la que líderes

²¹ Poggi, Gianfranco (2005): p. 107.

²² Poggi, Gianfranco (2005): p. 108.

carismáticos han tenido un rol importante, lo que ha relativizado parcialmente su sujeción a las normas.

Si la dominación legal-racional tiende a ser la forma característica de la Modernidad, la dominación tradicional, por el contrario, tiende a desaparecer. Como veremos, para las sociedades modernas Weber creía necesario combinar los aspectos constitucionales y los carismáticos. Pero para asir la mirada de Weber sobre la política en la Modernidad, debemos primero entender su perspectiva más general sobre la época.

IV) La Modernidad según Max Weber

La mirada de Weber sobre la sociedad moderna es, sin duda, uno de los aspectos en los que su lucidez analítica es más evidente y, a la vez, inquietante. Como señalamos, el hecho de habitar una sociedad en la que cambios dramáticos estaban teniendo lugar, proveyó a este autor, y a su generación, de una gran sensibilidad para aprehender las transformaciones radicales que sacudían a la vieja sociedad alemana. De ahí que toda esta camada de intelectuales haya tenido entre sus preocupaciones el objetivo de asir lo nuevo que estaba emergiendo, y que involucraba, a la vez, a todas las sociedades modernas.

En ese contexto debe interpretarse su interés por los orígenes del capitalismo, y, específicamente, la investigación que lo llevó a publicar los ensayos que luego tomarían la forma de un libro bajo el título *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

Comencemos refiriendo brevemente el argumento de estos ensayos. La indagación weberiana comenzó a partir de las investigaciones realizadas por un discípulo suyo, de las que se desprendía que tanto entre los capitalistas como entre los ejecutivos de las grandes empresas había mayor porcentaje de protestantes que en la sociedad en su conjunto. Indagar qué causas históricas condujeron a este fenómeno es un problema que las ciencias sociales debían responder, como lo señalaba el propio autor apenas comenzado el primer apartado. ¿A qué se debe la diferente conducta de vida entre protestantes y católicos, que llevó a los primeros a tener un lugar más activo en el surgimiento de la vida económica moderna?

Esta pregunta se inscribe por completo en la concepción weberiana del análisis social, y es desde ésta que buscará responderla. Como hemos visto, para este autor comprender un fenómeno social es entender cuáles son las motivaciones subjetivas que llevan a un individuo a actuar en sociedad de un determinado modo. Su preocupación, entonces, se centra específicamente en entender qué llevó al individuo a actuar en los siglos XVI y XVII, en las primeras etapas de un capitalismo que estaba tomando forma. Surgía allí un tipo de conducta afín a las necesidades de la nueva sociedad. Pero esta conducta, en ese momento histórico, no podía ser ajena a las éticas religiosas, influencia decisiva de toda conducta en ese período. Como señala enfáticamente Weber:

... en un tiempo en el que el más-allá lo era todo, en el que de la admisión a la comunión dependía la posición social del cristiano, y en el que los sacerdotes ejercían en la cura de almas, en la disciplina eclesiástica y en los sermones una influencia (...) que nosotros, individuos modernos, sencillamente ya no podemos ni imaginar; los poderes religiosos que operaban en esas prácticas eran los constructores decisivos del "carácter del pueblo"²³.

Para su investigación Weber parte del análisis de la conducta de vida que considera específica del capitalismo, a partir de un modelo, un tipo-puro, que sirve a ese fin. Para este tipo de conducta se basa en Benjamin Franklin (1706-1790), político, inventor y científico estadounidense del siglo XVIII. Citando de dos textos en los que esta relevante figura de la historia de ese país pretende dar forma a un nuevo estrato de emprendedores, Weber construye un tipo de conducta de vida que para él condensa lo fundamental del *espíritu del capitalismo*²⁴. En esa conducta encuentra Weber los fundamentos para comprender el tipo de acción que caracteriza al individuo inserto exitosamente en la sociedad capitalista.

Por otro lado, analiza consecuencias de la doctrina del cristianismo reformado en la conducta²⁵. Weber encuentra que en la nueva traducción de la Biblia realizada en 1534 por uno de los principales impulsores de la Reforma protestante, el monje alemán Martín Lutero, se incorporaba un significativo cambio. Éste surge de la incorporación de un término inexistente en versiones anteriores, el de *Beruf*²⁶, por el cual el deseo de dios para con los fieles pasa a estar asociado a su actividad profesional. El trabajo duro en la propia profesión, trabajo que de estar bien hecho debe manifestarse en resultados económicos, es signo de estar cumpliendo con el mandato divino²⁷. Y aquí Weber se basa en otro tipo-puro, el construido a partir de los textos de un ministro protestante inglés, el Reverendo Richard Baxter (1615-1691). De sus textos emanan indicaciones a cumplir por el protestante, o puritano, para obtener signos de su salvación. Entre ellos, el actuar sistemáticamente en la profesión y la búsqueda incansable de resultados económicos que atestigüen el buen accionar. Aquí la riqueza no tiene importancia en sí, es sólo un efecto secundario de la acción acorde a los valores religiosos, pero es sin embargo una

²³ Weber, Max (1998): p. 162.

²⁴ Amerita detenerse en los títulos de los dos libros de Franklin que cita Weber, ambos elocuentes: *Advertencias necesarias a aquellos que quieran ser ricos* y *Consejo a un joven comerciante*.

²⁵ En el siglo XV comenzó un proceso de crítica a las autoridades de la Iglesia Católica en Europa, fundamentalmente debido a la corrupción de la cúpula eclesiástica, que terminó dando lugar a una escisión entre quienes seguían al Papa y quienes se apoyaban en el cristianismo primitivo para proponer una nueva organización religiosa. Con Martín Lutero y Juan Calvino como representantes más importantes, este movimiento dio lugar al Protestantismo, una nueva vertiente del cristianismo de gran predicación en varios países europeos y en los Estados Unidos de Norteamérica.

²⁶ Este término es de difícil traducción pues si bien puede interpretarse como oficio o profesión -éste es su uso predominante en la actualidad-, hunde sus raíces en el verbo *rufen*, llamar, y alude claramente a un llamado divino, asociando por lo tanto el oficio a una vocación, a algo querido por dios.

²⁷ Como señala Weber, la ética protestante contrasta con la ética católica, en la que el enriquecimiento conlleva un aspecto pecaminoso, en el que, como en el "Sermón de la Montaña" atribuido a Jesús, el reino de los cielos está destinado a los pobres.

demostración del actuar correcto de acuerdo a dios. Baxter abunda en consejos y normas al servicio de ese actuar.

Así se arriba al momento decisivo de estos ensayos: hay una fuerte coincidencia entre las indicaciones de Franklin para devenir un empresario exitoso y las de Baxter para cumplir coherentemente con el mandato divino. En palabras de Weber: "Léase ahora nuevamente el tratado de Franklin citado al comienzo de este ensayo y se verá que los elementos esenciales de la mentalidad que allí se denominó 'espíritu del capitalismo' son justamente los que acabamos de descubrir como contenido de la ascética profesional puritana". Y agrega Weber en seguida: "... aunque sin la fundamentación religiosa, que ya en Franklin estaba extinguida"²⁸. El puritano al que apelaba Baxter actuaba racionalmente en su profesión, siguiendo sus valores religiosos, buscando en sus ganancias signos positivos de estar cumpliendo con el mandato divino. El empresario al que Franklin invocaba buscaba la forma más eficiente y racional de tener éxito en sus negocios, pero lo hacía sin ninguna connotación religiosa. Entre el siglo XVII del primero y el XVIII del segundo, el mundo cultural europeo había dado un significativo vuelco en el que la conducta profesional se desprendió de sus raíces religiosas.

Así, con esta investigación Weber realiza un aporte a la comprensión histórica de los orígenes de la sociedad y la cultura moderna, encontrando en esta ética religiosa un factor que, combinado con otras variables, coadyuvó a la conformación de este nuevo universo cultural. Y esto, a través de analizar la acción social del protestante y la del capitalista. El primero actuaba de acuerdo a valores, en este caso religiosos, mientras que el individuo imbuido en el espíritu del capitalismo, actúa socialmente de acuerdo a un fin: enriquecerse. Detrás de una acción similar en apariencia yacen motivaciones subjetivas muy distintas.

Es importante tener en cuenta que de ningún modo Weber pretende explicar el capitalismo a partir del protestantismo. Sin la menor duda sobre la importancia de los factores económicos en el surgimiento del capitalismo, su pretensión era sólo aportar aspectos a la explicación del surgimiento de la sociedad moderna, y en especial a sus características culturales. Esto se enmarca en un aspecto determinante de la mirada de Weber sobre el análisis social: la multicausalidad. Por eso, su investigación estaba también dirigida a combatir una mirada unilateralmente materialista, economicista, de gran predicamento en la corriente hegemónica dentro del marxismo de su época, que tendía a soslayar todo lo que no fueran causas económicas en la explicación histórica. Para nuestro autor, no existen factores únicos que den lugar a una situación histórica, sólo la multicausalidad -es decir, la idea de que la realidad es producto de causas múltiples-, permite un análisis riguroso. En ese sentido, Weber destaca lo modesto de su intento: esclarecer sólo una de las variables que condujeron al capitalismo moderno.

²⁸ Weber, Max (1998): p. 198.

Y esto, absteniéndose de valorar lo que estos cambios produjeron. Salvo unas páginas al final del segundo ensayo, en las que enuncia dramáticamente su mirada trágica sobre la sociedad moderna, Weber busca establecer esta asociación entre protestantismo y capitalismo sin emitir juicios de valor. En las páginas del final, sobre las que volveremos, el autor da cuenta de estar saliéndose de los límites del juicio científico, expresando su valoración sobre la sociedad moderna.

"La ética protestante...", entonces, es un aporte a la comprensión histórica de los orígenes de la modernidad, en la que pueden observarse aspectos nodales de la concepción metodológica weberiana: el énfasis en la acción social, el comprensivismo, la multicausalidad y la distinción entre juicios de valor y juicios científicos.

Weber despliega en las últimas páginas de estos ensayos, entonces, una sucinta caracterización de las características de la sociedad moderna, desde su valoración.

Aquí, la sociedad moderna es descrita como una máquina que determina "con fuerza irresistible el estilo de vida de todos cuantos nacen dentro de sus engranajes"²⁹, erigiéndose en una jaula de acero, inviolable, para todos los individuos que pierden así sus aspectos más humanos, sujetos a un irrenunciable afán de lucro. Y lo trágico aquí es que este derrotero no tiene alternativa, el individuo ya no puede vivir más de acuerdo a un conjunto de valores éticos, sólo se regirá, de aquí y para siempre, por la eficiencia de sus acciones, por satisfacer a las necesidades de esta máquina social. El individuo que actúa según sus valores, al que sus convicciones lo llevan a posicionarse más allá de los resultados que obtenga, al que nada de lo humano le es ajeno, tiende a sucumbir frente al que actúa de acuerdo a la utilidad, al resultado, al que se posiciona sin convicciones sino que de acuerdo con sus intereses inmediatos, al especialista técnico que se centra en un aspecto y pierde por completo una perspectiva universal. Y no podría ser de otro modo, pues en el mundo moderno sólo quien se especializa en una fracción de la realidad puede hacer avances significativos, como por ejemplo en el mundo de la ciencia –donde cada investigador se aboca a un aspecto acotado de la realidad, el de la administración pública –donde cada funcionario se especializa en un área de la gestión- o el de la producción industrial –en el que un técnico, por ejemplo, se centra en una parte del proceso productivo y se limita a ésta.

Lo que el texto clásico de Weber pretende aportar a esclarecer es cómo se logró históricamente romper con una conducta tradicional, según la cual un individuo buscaba satisfacer sus necesidades mediante su trabajo, a una conducta en la que se impone la búsqueda del enriquecimiento. En el mundo moderno, secas ya las raíces de la influencia religiosa, el trabajador debe cumplir estrictamente con las condiciones que le impone la empresa –o quedarse sin trabajo- y el empresario debe hacer crecer a su empresa –o sucumbir ante la competencia. Lo que es característico de esta etapa histórica es el tipo de racionalidad que

²⁹ Weber, Max (1998): p. 199.

caracteriza al capitalismo moderno y que conduce a que el empresario busque permanentemente los medios más idóneos para seguir expandiéndose y actúe, planificadamente, en consecuencia³⁰. Aquello que necesitó del acicate de una ética religiosa en sus comienzos, para lograr cambiar conductas ancestrales respecto del trabajo, hoy está por completo bajo las riendas de la propia lógica del capitalismo. El protestante trabajaba duramente en su profesión por una opción basada en valores; el sujeto moderno, actúa como un mero engranaje de una maquinaria que lo obliga a actuar de ese modo. Es el paso de una acción racional valorativa a una de acuerdo a fines, característica de la sociedad moderna.

Entre las consecuencias de este proceso de racionalización cuyas dimensiones en la Modernidad tanto preocuparon a Weber, las derivaciones en el campo político fueron objeto de varios trabajos suyos. La tendencia al predominio de la dominación de tipo legal-racional en las complejas sociedades modernas de masas conduce para Weber a que la conducción política en esos países quede tendencialmente en manos del aparato administrativo que este tipo de dominación genera: la burocracia. Ésta es para Weber sumamente eficiente, y por lo tanto, ineludible en cualquier administración moderna: individuos que siguen normas impersonales que pautan estrictamente las funciones y las responsabilidades de los funcionarios, los que están sujetos a una jerarquía de cargos racionalmente organizada. Frente a esta tendencia moderna, Weber plantea dos tipos de objeciones.

Por un lado, el fin de la Primera Guerra Mundial dejaba a Alemania en una situación de enorme inestabilidad, de profundos conflictos sociales, necesitada de darse un nuevo régimen frente a la caída del Imperio, surcada por revoluciones y contrarrevoluciones. Frente a la gravedad de la situación institucional y social, Weber veía que una dominación puramente legal-racional, administrada por una burocracia de funcionarios, no podía convertirse en un régimen capaz de dar respuestas a la crisis. De ahí la necesidad de que del seno de la vida parlamentaria surgiera un líder, capaz de concitar expectativas populares, con la capacidad –dado el aspecto de dominación carismática que conlleva– de innovar y poder así responder a los desafíos que Alemania enfrentaba en la inmediata posguerra.

Pero su propuesta de una democracia caudillista tiene también otra raíz. Weber veía en la racionalización y burocratización de la política, una expresión de la opresiva maquinaria moderna. Ésta convierte a la política en un mero aparato instrumental, favorece el desarrollo de funcionarios atados a sus responsabilidades, pero sin convicciones ni valores por los que luchar. Apelando al surgimiento de líderes, Weber apunta a resistir a este embate de la vida moderna contra los individuos plenos, movidos por ideales, dispuestos a entregarse con pasión a una

³⁰ En esto su perspectiva no es distinta de la de Marx. Para éste, el fin directo del capitalista, no es "... la ganancia aislada, sino que el movimiento sin pausa de la obtención de ganancias. Este impulso absoluto de enriquecimiento, esta apasionada persecución de valores es común al capitalista y al atesorador, pero mientras que el atesorador es el capitalista insensato, el capitalista es el atesorador racional. El incremento sin pausa de valores, que el atesorador persigue por medio de sacar de la circulación al dinero, lo logra el capitalista, más inteligente, al desprenderse de éste lanzándolo una y otra vez a la circulación" [Marx, Karl (1976): p. 168].

causa. Su propuesta política, entonces, fue también un intento de defender su concepción del individuo, trágicamente amenazado por la vida moderna.

Para finalizar, cabe señalar que para este autor la Modernidad es un encierro trágico, en el sentido de que no hay modo de vencer a las tendencias que ésta pone en movimiento. En ese sentido, descarta una salida por la vía de una sociedad socialista, pues considera que la propiedad social de los medios de producción sólo puede acelerar las tendencias a la burocratización, convirtiéndose en un mayor recorte a las libertades y a la posibilidad de un individuo pleno.

Por eso, señala lúgubrementes, frente a nosotros sólo hay "una noche polar de gélidas oscuridad y dureza"³¹.

Bibliografía

- Kalberg, Stephen (2008), *Max Weber. Principales dimensiones de su obra*, Prometeo libros, Buenos Aires.
- Löwy, Michael (1998), *A evolução política de Lukács: 1909-1929*, Cortez Editora, São Paulo.
- Marx, Karl (1976), *Das Capital. Kritik des politischen Ökonomie*, Verlag Marxistische Blätter, Frankfurt.
- Poggi, Gianfranco (2004), *Encuentro con Max Weber*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Weber, Max (1987), *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- Weber, Max (1988), "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", en *Ensayos sobre sociología de la religión, Tomo I*, Taurus, Madrid.
- Weber, Max (1997), "La política como vocación", en *El político y el científico*, Alianza, Madrid.
- Weber, Max (1997a), "La 'objetividad' cognoscitiva de la ciencia social y de la política social", en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.

³¹ Weber, Max (1997): p. 178.